

LA CABEZA

Callad: vuestro orgullo vano  
Yo desharé como espuma,  
¿Qué fuera sin mí la pluma?  
¿Qué sin mí fuera la mano?  
Sin el soplo soberano  
Del genio que alienta en mí,  
¿A qué vinieráis aquí?  
¿Disfrutarais, ni aun de lejos,  
De mi gloria los reflejos  
Ni la ventura que os di?

EL INGLÉS

Dice la cabeza bien,  
Y sus razones son graves,  
Que plumas tienen las aves,  
Y el cerdo manos también.  
Pero cabeza en que ardiente  
Brille del ingenio el sol,  
¿Quién la tiene? ¿Mucha gente?  
Los ingleses solamente  
Y acaso algún español.

Lector, quién quiera que seas,  
De cuantas cabezas veas,  
Pocas hallarás vacías;  
Pero diez tienen ideas,  
Y noventa, tonterías.

MANUEL DEL PALACIO.

LA VENGANZA CATALANA

ACTO PRIMERO

—  
ESCENA VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL.

¿Roger mueve su campo?

GIRCÓN.

Y arrogante

Con su gente hacia el nuestro se encamina.

MIGUEL.

¿Qué quiere eso decir?

GIRCÓN.

¿Qué hay que os espante,

O qué insensato error os alucina?

Harto, señor, acreditado tenemos

Todo el temor que en nuestros pechos labra,

Y hartos nuestra vergüenza merecemos:

¡Vergüenza y abyección! ¡Sí, por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN.

Una palabra,

Decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL

¿Por qué tanto rigor, y por cuál crimen?

GIRCÓN.

Al Asia preguntad: sus moradores  
Que vuestros hijos son, pidiendo gimen  
Venganza de sus nuevos opresores.  
Y vos se la daréis; que aunque no os venza  
Del corazón la rabia comprimida,  
Os dolerá, señor, nuestra vergüenza,  
¿Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL.

Paciencia y no irritemos nuestro encono.  
Yo lo siento también, y sufro y callo;  
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCÓN.

¿No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL.

Mas si la voz de la pasión escucha,  
Y el sentimiento del rencor le vicia,  
¿Quién le asegurará que en esta lucha  
No venza la pasión á la justicia?  
Si con mayor fortuna y más denuedo  
Venció Roger las bárbaras falanges  
De Amurat y Careano...

GIRCÓN.

A Dios pluguiera

Que, al usado rigor de sus alfanges,  
Antes el Asia con baldón cayera.  
Dobla el esclavo con dolor la frente

Cuando tirano azote le castiga;  
Pero es más alevoso, más se siente,  
Señor, el golpe de la mano amiga,  
No es afrenta ceder cuando se agota  
De la mezquina humanidad el brio:  
Mas sucumbir vencido sin derrota.  
Y el látigo besar que nos azota...  
¡Nunca! ¡eso excede al sufrimiento mio!

MIGUEL.

No su dura altivez, no sus desmanes  
Irritan nuestra cólera, es la gloria  
Y el valor de sus fieros catalanes  
Que al turco arrebataron su victoria.  
Y ¿qué hicimos los dos? En esa tierra,  
Que escogieron los cielos irritados  
Para campo y despojo de esta guerra,  
¿Cuántas veces probamos la fortuna,  
Que ante la cruz de Cristo se eclipsara  
El resplandor de la menguante luna?  
¡Miserable pasión, pero terrible  
Es la envidia, Gregorio! y si inflexible  
Dentro del corazón se arraiga y crece,  
Con nuestra propia mengua alimentada,  
Punzante flecha en el rigor parece,  
Del hondo pecho en la mitad clavada.

GIRCÓN.

¡En buen hora, señora! envidia sea  
O justa indignación, al fuego oculto  
Dejad que prenda, y que la Grecia os vea  
Satisfacción tomar de tanto insulto.

MIGUEL.

Algún día, tal vez ..

GIRCÓN.

El pueblo os ama,  
Y en sed la venganza también arde.

MIGUEL.

Mas ¡de esa suerte mancillar mi fama...

GIRCÓN.

Con más alto clamor el riesgo os llama,  
Y ¡ay, que á atajar el mal no lleguéis tarde!

MIGUEL.

¿Qué temeis?

GIRCÓN.

Aun Roger las afecciones  
De sus antiguos dueños se concilia,  
Llevando con descaro en sus pendones  
Las armas de Aragón y de Sicilia.  
¿Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,  
Creyendo que es mayor nuestra flaqueza,  
Veros de la corona despojado,  
Para adornar de Jaime la cabeza.

MIGUEL.

No lo puedo creer.

GIRCÓN.

Y esa corona  
Aun no es vuestra, señor; que si ha querido  
Andrónico ensalzar vuestra persona,  
Si ya con vos el trono ha compartido,  
Aun él es en sus reinos el primero,

Y aceptando ese honor ha contraído  
Arduas obligaciones su heredero.

*(Se oye un clarín.)*

MIGUEL.

¡Silencio!

GIRCÓN.

Es el clarín que nos avisa  
La marcha de Roger, y ya su gente  
Pasando está los vados del Murisa.

MIGUEL.

Aquí su campo asentará; no quiero  
Dar ocasión á celos y rencores.

GIRCÓN.

Se hará como decís.

MIGUEL.

Así lo espero.

GIRCÓN.

¿Qué otra cosa mandáis?

MIGUEL.

¿Qué? Tus alanos  
En la ciudad se alojarán, y cuenta  
Si á su ciego rencor no atas las manos,  
Y el muro de mi alcázar se ensagrienta.

GIRCÓN.

Yo sabré refrenarlos.

MIGUEL.

Ni un instante

Tardes.

ESCENA VIII.

MIGUEL *y su comitiva: luego* ROGER, BERENGUER *y caballeros catalanes y aragoneses.*

MIGUEL.

¡Oh, corazón! guarda en tu centro  
La saña, y que tu cárcel no quebrante,  
Revelándose al lívido semblante  
El oculto volcán que hierve dentro.  
(*En este momento se presenta en la escena Roger, armado á la lijera y seguido de los personajes arriba indicados.*)  
¡Roger! (*Adelantándose hacia él.*)

ROGER.

¡Cómo! ¡Sois vos!

MIGUEL.

Tanto merece  
Quien, de mi padre y mi señor honrado,  
Hoy añade á sus timbres de soldado  
El cesáreo blasón que le engrandece.  
Pero ¿qué significa esta venida  
Sin avisarme?

ROGER.

Estando tan cercano,  
¿No os he debido dar mi despedida?

Muy pronto es mi partida  
Contra el fiero enemigo del cristiano.  
Sorprenderos pensaba.

MIGUEL.

Ya lo veo.

ROGER.

Pero vos, como siempre bondadoso,  
Habéis anticipado mi deseo,  
Interrumpiendo así vuestro reposo.

MIGUEL.

Eso merecen inelitos varones  
Como vos.

ROGER.

Al honrarme de esta suerte,  
Cadenas de inflexibles eslabones  
Ponéis á mi lealtad.

MIGUEL.

Lo sé, Rogerio;  
Y sé también que vuestro brazo fuerte  
Columna es hoy de mi abatido imperio.

ROGER.

Ensalzáis mi humildad,

MIGUEL.

Nada podría  
Recompensar valor tan esforzado,  
Sí, dueño venturoso de María,  
Hoy no se uniera con la sangre mía

Del parentesco el vínculo sagrado.  
¿Vuestra esposa?...

ROGER.

A la corte en este instante  
Se encamina, señor, con mis galeras.

MIGUEL.

¿No queréis reposar? que es la jornada,  
Y más de noche, larga y escabrosa.

ROGER.

No por mí; mas mi gente fatigada  
Viene, y de algún descanso deseosa.

MIGUEL.

Perdonadme, Roger, si otro más digno  
Hospedaje...

*(Señalando á las tiendas de campaña.)*

ROGER.

*(Con extrañeza.)*

Pues ¿qué?

MIGUEL.

Vuestros soldados  
Aquí estarán, Roger, aposentados,  
Aunque será por poco.

ROGER.

No quisiera  
Que ese favor que le otorgáis, benigno,  
En desaire mi gente convirtiera.  
¿No permitir la en la ciudad la entrada!

MIGUEL.

Quiero evitar desórdenes, Rogerio,  
Y está por mis alanos ocupada:  
No hay otra causa aquí ni otro misterio.  
*(Movimiento de impaciencia y murmullos de indignación entre los caballeros.)*

BERENGUER.

Pues, ¡vive el cielo! ¡la razón extraño!

ROGER.

¿Qué decís, Berenguer!

BERENGUER.

Y de ese modo,  
Más que atajar de la ciudad el daño,  
Dais ocasión á que se pierda todo.

MIGUEL.

Y, ¿es un vasallo quien así responde  
A su señor?

BERENGUER.

El que de fiel blasona  
Nunca á los reyes la verdad esconde.

MIGUEL.

*(A Roger.)*

¿Es caballero?

ROGER.

Y su lealtad le abona.  
Berenguer de Roudor, ahora llegado  
De Cataluña, á vuestro imperio viene  
A ofreceros su espada: es buen soldado.

MIGUEL.

Bien con su patria su altivez conviene.  
¿Es catalán?

ROGER.

En los allá nacidos  
Se hermanan la franqueza y el aliento.

BERENGUER.

Somos en el honor poco sufridos,  
Y una vez ofendidos,  
No callamos verdad ni sentimiento;  
Y postergarnos á tan vil canalla...

MIGUEL.

Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENGUER.

Deben ser en el premio los primeros  
Los que primeros son en la batalla.  
Si no pusieran en tan cruda guerra  
El catalán y aragonés las manos,  
En cuanto espacio vuestro imperio encierra,  
No hallaran ¡vive Dios! bastante tierra  
Donde fijar el pie, vuestros alanos.

ROGER.

¡Basta!

MIGUEL.

Es mi voluntad, y nadie intente  
Hacer á mis mandatos resistencia.

ROGER.

Id, Berenguer, repartid la gente:  
Vuestro deber primero es la obediencia.

*(Berenguer se dirige al fondo, y figura dar órdenes á algunos soldados, los cuales se van en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo izquierda, se dirige á donde está Berenguer y le habla.)*

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

EDIPO.

*(DEL ACTO TERCERO.)*

—  
ESCENA II.

EDIPO, YOCASTA, EL SUMO SACERDOTE; además JORBAS, á su lado HIPARCO, y detrás algunos de la GUARDIA y gente del PUEBLO.

*(Jorbas, se acerca lentamente, y se coloca á la derecha del Sacerdote; Hiparco se queda á alguna distancia; el pueblo formará detrás de todos una especie de media luna.)*

JORBAS.

*(Al salir.)*

¿Dónde está ese monarca, celebrado  
Por sabio y justiciero en toda Grecia?...  
Conducidme á su vista; admire, goce  
El triunfo que sus armas le granjean...  
Ya estoy, Edipo, aquí; tras largos años  
Al ver mi patria por la vez primera...  
Mi patria á la que sólo demandaba  
Un pobre asilo y sosegada huesa...  
Al pisar este suelo en que he nacido,

Al ver mi propio hogar, y ante las puertas  
De ese mismo palacio en que algún día  
Junto al buen Layo me miraba Tebas...  
En vez de amparo y compasión, encuentro  
Amenazas, insultos y violencias;  
Y cual vil criminal aquí arrastrado,  
Ni estas honradas canas se respetan.

EDIPO.

No, venerado anciano, no tan pronto  
A Edipo agravies con injustas quejas,  
Cuando en vez de amenazas y de insultos,  
Mereades te apercibe y recompensas.  
Un vasallo leal, el fiel amigo  
Del justo Layo, quien vertió en defensa  
De su señor la sangre, ante mis ojos  
Con títulos sagrados se presenta;  
Y hoy mis pueblos verán si sabe Edipo.  
Cual monarca pagar tan justa deuda. —  
Mas tu misma lealtad, el tierno afecto  
Que á la memoria de tu rey conservas,  
La firmeza del trono y de las leyes,  
Tu infeliz patria, á perecer expuesta,  
Te imponen un deber de que yo propio  
Mal pudiera eximirte, aunque quisiera.  
La muerte de tu rey está aún impune:  
Y el cielo mismo por ocultas sendas  
Al formidable juicio te ha traído,  
Cual instrumento á su justicia eterna;  
Y sólo con mi voz y poderío  
Cumplí su voluntad. — Habla, revela  
Las circunstancias del horrendo crimen  
Que tanta sangre y lágrimas nos cuesta;  
De tu labio tal vez está pendiente  
En este instante la salud de Tebas,

JORBAS.

¿De mi labio, señor?... Luz muy escasa  
Mis tristes voces administrar pudieran;  
Y sin provecho alguno renovar  
Del fatal caso la memoria acerba...  
Harto presente y viva, un año y otro,  
Me acompaña y persigue por doquiera,  
Sin que tan sólo un día ni una hora  
La muerte de mi rey olvidar pueda...

EDIPO.

Cálmate, buen anciano: tus amigos,  
Tu familia, tus hijos te rodean;  
Y cual nuncio de paz y de esperanza  
Con lágrimas de gozo te contemplan:  
Por su rey, por su padre te preguntan  
Ansiosos é impacientes; de tí esperan  
Que ayudes á vengar su fin sangriento,  
Para alcanzar del cielo la clemencia;  
Y cada instante que el hablar retardas,  
A destrucción y muerte los condenas.

JORBAS.

Mucho, señor, me cuesta el sacrificio;  
Mas pues tan justas causas me lo ordenan,  
Mostraré la verdad breve y sencilla  
A la faz de los cielos y la tierra,  
Cual si al bajar al tribunal tremendo,  
La sombra del buen Layo allí me oyera. —  
(*Movimiento de suma atención en el pueblo.*)  
Solo, sin pompa inútil, confiado  
Del cielo en el favor y en su conciencia,  
Cual un padre camina entre sus hijos,  
El bondadoso rey salió de Tebas.

Solo conmigo iba... y aun me acuerdo,  
¡Páreceme escucharle! su afán era  
Preguntarme, saber los desgraciados  
De que aliviar pudiese las miserias...  
No era un rey, era un padre; nunca, nunca  
Otro monarca igual verá la Grecia.  
(*Suspéndese un instante enternecido, y luego prosigue.*)

Dos días caminamos; y al siguiente,  
Al despuntar la aurora...

EDIPO.

(*Con sobresalto.*)  
¿Qué hora era?

JORBAS.

¿No lo oiste señor?... la de la aurora:  
Nada se me ha olvidado; el sol apenas  
Doraba una colina...

EDIPO.

¡Una colina!

JORBAS.

Y la cima del templo de minerva.

EDIPO.

(*Con impaciencia.*)  
Sigue, anciano, prosigue...

JORBAS.

Alli el monarca.  
Su curso encaminaba con la idea  
De consultar al Numen sobre el medio

De vencer á la esfinge; y ya la senda,  
En tres brazos á un tiempo dividida,  
Comenzaba á estrecharse, cuando suena  
El confuso rumor de veloz carro  
Que aperebimos por la parte opuesta;  
Y apenas le divisan nuestros ojos,  
En polvo envuelto se aproxima y llega.  
Un mancebo imprudente le guiaba...

EDIPO.

(*Con mayor inquietud.*)

¿Un mancebo?

JORBAS.

Sí, Edipo: mozo era;  
Le tengo muy presente: aun estoy viendo  
Su rostro, su ademán, su audaz presencia...

EDIPO.

No te detengas, sigue.

JORBAS.

En pie venía  
Sobre el carro veloz, con ambas riendas  
El cuello á los caballos azotando,  
Y á gritos animando su presteza;  
Cual si en el circo olímpico anhelara  
El premio conseguir de la carrera...

EDIPO.

Sigue...

JORBAS.

El buen Layo en vano le demanda  
Que un instante siquiera se detenga

Para dejarle paso; al ciego joven  
De la menor tardanza se impacienta,  
Insta, se obstina, crúzanse los carros,  
Y en el terrible encuentro el suyo vuelca.

EDIPO.

*(Con la mayor turbación.)*

Sigue... sigue. .

JORBAS.

Apenas cae,  
Alzase el mozo audaz, mira por tierra  
Su fuerte lanza cógela y furioso  
Acércase blandiéndola en su diestra;  
Y al reprenderle Layo su osadía,  
Arrójale la lanza por respuesta:  
Todo fue un punto: traspasado el pecho,  
Cayó exánime el rey; yo con presteza  
Salto del carro, y vuelo al homicida...

*(En el calor de esta relación, se habrán ido aproximando insensiblemente, y al llegar á este punto, se hallará Jorbas mucho más cerca de Edipo, que ya le escucha inmóvil y como fuera de sí: alza Jorbas los ojos, los clava en el rostro del rey, y exclama apartándose con asombro:)*

¡Santos cielos!

PUEBLO.

¡Él es!

YOCASTA.

*(Cayendo desvanecida en brazos de las esclavas.)*

¡Ay de mí!

SACERDOTE.

Eterna

Justicia de los Dioses, á tu vista  
¿Qué son las potestades de la tierra?

*(Silencio general.)*

Tebanos, la señal los Dioses dieron  
Y un soplo suyo disipó la niebla,  
Que al impetu y conatos de los hombres  
Un siglo y otro impenetrable fuera:  
Preso en sus propias redes el culpable,  
Con su silencio él mismo se condena;  
Y desde el alto trono despeñado,  
De los cielos aguarda la sentencia.  
Ella se cumplirá. — Mas entre tanto  
Ni el agua ni la luz ni el aire sea  
Común entre vosotros y el impío,  
Cual contagio letal, huid su presencia,  
Y los pueblos, los templos, los hogares,  
La tumba misma ciérrenle sus puertas.  
Así el Destino lo escribió en los cielos;  
Así los Dioses por mi voz lo ordenan;  
Y el mismo parricida, el propio Edipo  
Confirmó con su labio su anatema.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.